

grafía (excepcional en el número de entradas sobre literatura árabe y hebrea) sin duda debe mucho a las magníficas Bibliotecas Widener y Houghton de la Universidad de Harvard, envidiables para quien se disponga a realizar una investigación de este calado.

La edición es bastante cuidada y apenas hay erratas; pero como no hay libro perfecto, señalaré algunos datos equivocados que habrá que corregir en una segunda edición: Ibn Dāniyāl no murió en 1341 (p. 45), sino en 1311 (parece que la fecha de 1300 se ha desestimado definitivamente); la referencia más antigua al teatro de sombras (p. 45, n. 89) no es la de Ibn Ḥazm (994-1063 ó 1064) (por cierto, no «en términos entusiásticos», sino para advertir que tener enemigos es inevitable), ya que es anterior la de Ibn al-Haytam (965-1039) en su obra de óptica *Kitab al-Manāẓir*; el judeoconverso Pedro Alfonso no se convirtió en 1006 (p. 70, n. 156), sino en 1106. La oposición acentual *esta/ésta* y *solo/sólo* parece estar en vías de perderse a juzgar por la frecuencia con que se confunde su uso en estas páginas, quizá por confiar demasiado en los correctores ortográficos de los tratamientos de textos, que al parecer aún no se han puesto a estudiar gramática.

En suma, esta obra del profesor Márquez Villanueva supone un sólido eslabón en la cadena de estudios que han concedido un papel preponderante al elemento oriental en la génesis del *Libro de buen amor* y *La Celestina*. Sin afán de resucitar antiguas polémicas, el autor pone sobre el tablero de la crítica numerosos testimonios orientales que explican elocuentemente fenómenos literarios como los de Trotaconventos y Celestina, y que sitúan su estudio entre los de sus maestros Américo Castro, Lida de Malkiel, Bataillon o Gilman.

VÍCTOR DE LAMA

Francisco Rico, *El sueño del humanismo*, Alianza Editorial, Madrid, 1993.

El humanismo y su proyección educativa tiene entre sus fines el engrandecimiento de la república. Sin duda por eso en las *Ordenanzas Reales* mandadas dar por los Reyes Católicos y compuestas en libro por Alonso Díaz de Montalvo, están excusados de ir a la guerra «los maestros de gramática y escribanos que muestran leer moços y escreuir en las ciudades e villas». Estas ordenanzas, publicadas por primera vez en 1484 hacen ley en la Península Ibérica y acaban institucionalizando lo que a finales del siglo xiv se tenía en Italia como ilusión incipiente de un «clasicismo cada vez más envolvente... *quod gramaticali scientia est origo et fundamentum omnium virtutum et scientiarum*». Así cumplían Isabel y Fernando el «sueño del humanismo» y cerraban la advertencia: «en el designio de Valla, lengua, cultura y sociedad son inseparables». Pero, ¿qué es el sueño del humanismo? *El sueño del humanismo* es el estudio más brillante sobre los móviles e intenciones de los humanistas. Y lo es porque dignifica la tarea original del Renacimiento (el trabajo filológico) frente a todas aquellas disciplinas que son subsidiarias a éste. Otros estudiosos han ahondado en fragmentos complejos del Renacimiento: la ciencia (Garin), las artes (Kristeller), la vida social (von Martin), con-

cepto e historiografía (Chabob), mecenazgo (Baxandall), pero nadie como Rico ha sabido desbrozar los restos de la explosión renacentista para quedarse con los finos hilos del quehacer filológico fundamental de los primeros humanistas y situar el comienzo y las consecuencias de los *studia humanitatis*, porque «incluso una menuda operación de crítica textual supone cobrar conciencia del fluir de la historia»; y en esta frase están contenidos cuatro de los pilares con que entrevera Rico sus diez discursos.

La crítica textual iniciada por Petrarca es el umbral del sueño humanista: *ingenium* y *doctrina* son el escalón básico para aceptar que sólo un buen texto provoca una buena reflexión (una reflexión precisa) por cuanto revela una actitud diferente frente a la herencia. Si los medievales discutían casi eternamente sobre la forma de un texto que no se habían preocupado de certificar, el método filológico humanista es crítico y esta actitud concibe su avance, su proyección y su ilusión:

todos los grandes nombres de los *studia humanitatis* sintieron con mayor o menor nitidez que habían encontrado una llave que permitía abrir muchas más puertas de las que a primera vista parecería a los profanos. La seguridad con que resolvían problemas de lengua y literatura, cuestiones de cronología o geografía, y la evidencia de que sus soluciones y hallazgos mostraban caminos inéditos a muchos propósitos, les dieron un aplomo y una confianza inmensos. La recuperación de un texto tras otro les alentó en la ilusión de que la Antigüedad era un caudal inagotable. Las conquistas filológicas se les antojaron solo un primer paso: pisar firmemente ese terreno les confirmó el acierto de su intención global. Fueron poseídos por un entusiasmo....

Pero ese entusiasmo iba a ser, según Rico, también el fin del sueño; a propósito de Erasmo afirma que «la crítica textual había alcanzado para estas fechas un nivel y una densidad que exigían la dedicación total: la más alta filología no era ya materialmente compatible con una actividad más plural como la de Erasmo. Había llegado la hora de los especialistas: tocaba a su fin el sueño del humanismo». Y he aquí otra de las advertencias geniales del libro, pues el final del sueño del humanismo no es el fin del humanismo. Con la llegada de los especialistas (o cuando el intelectual se integra en la máquina de la república, engrosa cuadros administrativos y no cuenta en los culturales) el método no muere aunque sí se agostara el deseo esotérico que alimentaba aquel sueño: la edición de Plinio por Barbaro tiene excelente continuador en Segenio (Froben), o en la excelente impresión hackiana de 1669 que reúne notas de Barbaro, Pinciano, Renano, Gelanio, Escalígero, Salmasio..., o en el estudio que continúa hasta la monumental *Historia augustae scriptores* de 1671. Hasta aquí llegó la ilusión comenzada por Petrarca, Valla o Barbaro, si bien su intención mayor, su sueño, es cierto había quedado arrinconada por su propio deseo: la integración en una vida civil que acaba devorando al intelectual transversal, una vida que agotó el «saber que acompañaba al hombre en las más variadas circunstancias». Y fue así, y sin embargo, porque

mientras se sintieron apóstoles de una buena redentora y lucharon, sin darlos de mano, por ir más allá de los estudios filológicos, los humanistas italianos fueron también el más poderoso motor de la cultura europea.

Para Rico, la llave que llevaba «más allá de los estudios filológicos» eran la gramática y su objeto: «la lengua se fundamenta en la convención social» y así se da respuesta a

¿cómo se enlaza el sueño grandioso de toda una civilización con un pormenor de sintaxis?... En la raíz de esos libros y esos trabajos, no obstante, sí había una actitud que invitaba a franquear las fronteras de la lengua y la literatura e invadir territorios aún más vastos.

Y la obsesión por la palabra llegó hasta Vives porque «el camino del conocimiento es un ir y venir entre *verba, res* y *mores*, entre lenguaje, realidad y formas de vida; cuando se corrompe uno de los eslabones (la palabra) los otros se corrompen también». Esta obsesión une a Valla el gramático con Palmieri el ciudadano o a Erasmo con Lutero (ambos reivindican los *disticha catonis*, el primero con una edición en 1529 y el segundo porque *hic verba et praecepta habent omnium utilissima*) en una ambición proyectiva y útil que los distancia, por ejemplo, del embrollo de Hugucio y sus *derivationes*. Frente a los escolásticos, los humanistas persiguen «dominar de arriba abajo el objeto de que se trata» porque «hace brotar el discurso de las entrañas» y de este modo, dominando el asunto y no el procedimiento, se puede hacer aquél entendible y proyectable, y eso une al humanista con el clásico (la dimensión histórica) como reflexiona Palmieri: *Tale exercitio non solo per loro feciono, ma per amaestramento de chi dopo loro venia (Della vita civile, Florencia, 1529, fol. 89 v.)*. Y es con esta integración como el humanista consigue (como Alberti el artista) su sueño: «la compleja acción del hombre con su entorno». Y como su entorno se pretende copia del clásico, se cierra el ciclo de la conciencia histórica o rescatadora con su conclusión diafásica y diastrática; porque en el principio el sueño comenzó como ambición cuando «el humanismo venía a dar a la *élite* una de las pocas cosas que podía acrecentar la distinción». Y con los procedimientos que permiten el paso del *elitismo* hasta «romper las barreras del rango» (que el aprendizaje aumenta la dignidad es herencia que deja Pico), comprendiendo que «un puñado de especialistas no es una cultura», el libro de Rico rescata la *dignitas sui* como motor de todos estos cambios y reclama para el humanismo filológico y exégeta el poder transformador que luego compartirá con otras disciplinas. Como se sabe, ¿qué sería la historia natural sin un Plinio, Alberti sin Vitruvio, la elocuencia sin Cicerón, la composición sin Zeuxis?. Quizá lo mismo que la pintura, la escultura, la arquitectura, la música renacentista sin el humanismo: un coto de creadores esotéricos sin dimensión y utilidad social y sin una base teórica programática. Quizá por eso también el humanismo hasta Rico había sido una disciplina imbricada entre sus contemporáneas sin que nadie pusiera erudición, sentido crítico, inteligencia o distancia para juzgarlo y aclarar que en el

inicio de aquella explosión estaba la palabra, como con ese inicio queda la suya como base.

CARLOS CLAVERÍA

Julian Weiss, *The Poet's Art. Literary Theory in Castile c. 1400-60*, Oxford: The Society for the Study of Mediaeval Languages and Literature (Medium Aevum Monographs New Series XIV), 1990.

El propósito del libro es realizar un estudio sobre la teoría poética en Castilla en la primera mitad del siglo xv con una identificación de sus modelos teóricos y definición de las aspiraciones de la aristocracia castellana en la corte de Juan II. Los autores y las obras que se tienen en cuenta son: el *Cancionero* de Baena, el *Arte de trovar* y los *Comentarios y Glosas* de Enrique de Villena, la *Coronación* de Juan de Mena y el *Prohemio e carta* del Marqués de Santillana. La alta calidad del trabajo de Weiss me anima a pasar revista pormenorizada a algunas de sus opiniones.

Cap. 1. Polémica y teoría en el *Cancionero* de Baena.

Este capítulo estudia, de una parte, el concepto de *gracia poética* (de carácter infuso); de otra, la labor crítica y compiladora de Alfonso de Baena. Con respecto a lo primero, es equivocada la opinión de Charles Fraker, que ve en ella «una doctrina especializada de la inspiración poética y una apología de la ignorancia», inspirada en cierto influjo del espiritualismo radical franciscano; también la de Wolf-Dieter Lauge, que tiende a identificar dicho concepto con el del *poeta theologus*. Tanto Villasandino como Landó, en sus polémicas con letrados y aristócratas, exaltan el poder del trovador y mistifican al «not learned», capacitándolo para «hablar de escrituras», denegando los dones poéticos a los «letrados e frayles faldudos». Los dos parecen remontar a una tradición anterior, que, en el caso de Villasandino, llevaría a Riquier y su definición del trovador como un compositor mañoso de prosa y verso originales cuyo *status* descansa en su integridad moral. Pero si Villasandino concibe la poesía como unión de *ars e ingenium*, Landó, para compensar su más escasa práctica, da mayor importancia al *ingenium*. El poeta tiene el don de la *gracia*, que no es un *furor poeticus* sino una virtud de naturaleza impredecible que no siempre se posee y que Dios otorga cuando quiere. Frente a la actitud de estos dos autores, Imperial no afirma el origen divino de su talento: ni él ni Baena buscan en la *gracia* un modo de adquirir *auctoritas*; la raíz de su autojustificación era la adherencia a los nuevos ideales de la cultura laica, basados en una muestra de amplias lecturas. En definitiva, su modo de retratarse no es ya como trovadores sino como *poetae*.

Respecto de lo segundo, su labor crítica y compiladora, el *Cancionero* está basado en el modelo de aquellos menores que se dividen por autores y por géneros. Sus *rúbricas*, igual que las *vidas* y *razos* de los cancioneros de Provenza, obedecen a un deseo de vender el producto y de hacer propaganda